

jante o paralelo a las socialdemocracias europeas, lo cual, dialécticamente hablando, constituye alternativa igualmente histórica y muchísimo más válida en la fase actual de la evolución capitalista de México.

Lo que se escondió entre nosotros bajo el eufemístico y pintoresco conflicto entre "políticos" y "tecnócratas" es nada menos que el conflicto en curso en todo el mundo capitalista, con las variantes propias de cada país, entre el nacionalismo (tradicional) y el neoliberalismo económico; entre el Estado nacional tradicional y las gigantescas corporaciones transnacionales privadas. La modalidad adoptada por México en este conflicto universal ya se comentó en otra parte del presente trabajo cuando se habló de la intención del gobierno de seguir manteniendo el carácter mixto de la economía aun en su proceso de internacionalización. Pero tema tan importante como éste, aquí apenas esbozado, obliga a mayores observación y análisis, a posibles ajustes entre teoría y práctica y quizás a ulteriores rectificaciones.

Resulta útil y oportuno recordar que el carácter mixto de nuestra economía sólo ha favorecido a la clase económicamente dominante (incluyendo la capa políticamente dirigente) y a las aristocracias obreras. Se subraya esto para ayudar a destruir el mito de la

bondad de una economía mixta en general, sin especificar en favor de quiénes opera.

Tareas democráticas de la izquierda

De lo dicho hasta aquí puede concluirse que no está precisamente en buenas manos ni la defensa de los ideales y principios de la revolución mexicana de 1910, ni la ampliación y profundización de la misma. Y pasamos por momentos de perentoria necesidad de formular definiciones claras y definitivas, y de tomar medidas económicas y políticas consecuentes, frente a la peligrosamente ambigua crisis mundial del capitalismo. Es ésta, pues, una coyuntura que exige a partidos políticos y organizaciones de la izquierda mexicana abandonar sectarismos y subordinaciones extrañas o prejuicios aldeanos, para crear un partido político verdaderamente nuevo que se convierta en real alternativa de poder en México. Un nuevo partido que despliegue banderas nacionales y patrióticas, sin perder por ello solidaridad con movimientos obreros y fuerzas populares de países hermanos, para rescatar así la conducción del movimiento popular revolucionario mexicano de manos de quienes se han autoproclamado sus dirigentes oficiales y no cumplen con el oficio.

Artículo publicado en la Sección Financiera del periódico Excelsior, el 20 de febrero de 1982.

CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE: MINIPLAN MARSHALL

En la terminología utilizada en las relaciones internacionales a México se le clasifica como uno de los NIC (*new industrialized countries*) junto con Argelia, Brasil, Corea del Sur, India e Indonesia, principalmente, todos los cuales forman ya una clase media internacional que se separa notoriamente de los países desesperadamente pobres —verdaderos proletarios internacionales— en los cuales ninguna institución de crédito quiere arriesgar dinero en préstamos de dudosa recuperación. En cambio, México y los otros "países de reciente industrialización" constituyen verdaderos sujetos de crédito para los banqueros internacionales, por su notable crecimiento económico, aunque su relativo o precario desarrollo los siga manteniendo en la dependencia y en la subordinación habituales.

Al igual que algunos de los otros NIC, nuestro país arrastra una peligrosa contradicción entre crecimiento

y desarrollo, lo que agudiza conflictos internos cuya solución sólo se puede encontrar en la búsqueda del equilibrio entre aquéllos. Porque se deben distinguir claramente ambos conceptos. Mientras el concepto de crecimiento involucra fenómenos cuantitativos que tienen que ver con el incremento del PIB (producto interno bruto), el concepto de desarrollo se desprende de cambios cualitativos en la economía y en las relaciones sociales, inducidos por un mejoramiento apreciable en la distribución del ingreso per cápita. Y esto último con lamentable frecuencia tiende a empeorar, y no a mejorar, en las naciones explotadas.

Es importante tener claridad al respecto porque justamente en la deliberada confusión entre ambos términos, crecimiento y desarrollo, descansa uno de los principales pilares de la edificación ideológica imperialista. Hacer creer que países como México o Corea del Sur se han desarrollado porque han crecido económicamente es una de las grandes, si no la mayor, de las falacias del discurso ideológico imperialista. "Propiciar el desarrollo" mediante cuantiosas inversiones —pero impidiendo que cambien las condiciones sociopolíticas internas y sin respetar las estructuras culturales propias de los países beneficiarios— constituye el *slogan* preferido del neocolonialismo. De ma-

nera semejante, en el colonialismo clásico se intentaba justificar la obligada presencia imperialista arguyendo que "traían la civilización a estos pueblos salvajes o atrasados"; civilización ajena que además de haber destruido las culturas propias de los países colonizados, contribuyó a paralizar el desarrollo posterior de éstos.

Para comprobar la falsedad del *slogan* que se esgrime hoy, baste señalar el deterioro creciente de las condiciones de vida de las grandes mayorías populares en los países que fueron colonizados y que siguen siéndolo aunque con fórmulas distintas, y calibrar el grado de dependencia que muestran las economías de los NIC respecto de las economías de las potencias capitalistas. El muy relativo desarrollo alcanzado por México ha ocurrido *a pesar* de las inversiones extranjeras, no a causa de ellas; se ha alcanzado fundamentalmente por el énfasis en la educación pública y por la creación de un sistema de seguridad social, asuntos ambos que se deben anotar en el haber de la revolución social que sacudió a esta nación hace más de medio siglo. Quien conozca, aunque sea rudimentariamente, los mecanismos del funcionamiento del capitalismo, sabe que las inversiones fuera de sus fronteras es lo que permitió desarrollarse notablemente a las economías de los países centrales; pero que en los países periféricos lo único que "han desarrollado es el subdesarrollo", como agudamente lo ha señalado el economista y sociólogo Andrés Gunder Frank.

Para nosotros es ya evidente que el subdesarrollo es la manifestación visible del imperialismo, así como el atraso puede ser, a su vez, manifestación visible del subdesarrollo. De aquí que cuanto más aumenten las inversiones de capital y de tecnología del Norte hacia el Sur, *en las condiciones prevalecientes hoy*, tanto más crecerá el subdesarrollo: existe una proporción directa entre imperialismo y subdesarrollo. La brecha entre países pobres explotados y países ricos explotadores se fue ensanchando a medida que se incrementó la penetración económica de éstos en aquéllos.

Los conceptos anteriores forman parte del bagaje intelectual que años de experiencias neocolonialistas nos han suministrado para poder juzgar hoy con objetividad el propuesto "nuevo plan Marshall"; plan que ofrece al Tercer Mundo más, muchísimo más, de lo mismo que hasta aquí le han brindado las potencias imperialistas: inversiones directas de capitales privados (o suavizadas como "transferencias de recursos" financieros y técnicos mediante instituciones internacionales controladas o manipuladas por el imperialismo); con lo cual extraerán más, muchísimo más, de lo que hasta aquí habían extraído del Tercer Mundo: ganancias y dividendos.

Además bien se sabe que el plan Marshall original tuvo como tarea *reconstruir* una importante planta industrial que *sólo materialmente* estaba destruida, en países que poseían ya de antiguo un alto nivel de capacitación en la mano de obra y en la actitud social frente al trabajo. Y nada de esto existe, o su existencia es precaria, en los países subdesarrollados en los cuales se intenta implantar un "miniplan Marshall". Se comprende entonces por qué las inversiones foráneas cobran diverso sentido si se efectúan en economías desarrolladas (aunque estuvieran parcialmente destruidas por la guerra) o si se efectúan en economías subdesarrolladas. En ambos casos lo que logran las inversiones extranjeras es acentuar las características propias de las economías que las reciben.

En la profundización y en la ampliación del ya tradicional saqueo de las naciones pobres mediante los términos desiguales del intercambio fundan las grandes potencias, especialmente Estados Unidos mediante un "nuevo plan Marshall" u otro semejante, la esperanza de salir de su grave crisis económica, de reanudar su propio crecimiento económico y de "financiar" la gran revolución tecnológica que, aunque frenada en parte y no del todo incorporada aún en los procesos productivos, está ya en curso actualmente, caracterizando así esta fase de la formidable transformación histórica del capitalismo en nuestros días.